

LA DIMENSIÓN INTERNACIONAL DE LA GUERRA DE LOS PAÍSES BAJOS

Federico Gallegos Vázquez
ESIC

1.- Introducción

Desde la segunda mitad del siglo XVI los territorios de los países Bajos se vieron envueltos en un conflicto bélico que, con un impás de doce años, duró ochenta largos años, en los que la Monarquía Hispana vio cómo estos territorios se disgregaban, quedando divididos en dos entidades claramente diferenciadas, tanto en lo político, como en lo social y en lo religioso.

Los Países Bajos estaban formados por diecisiete provincias, territorios, con una condición jurídica diversa, había ducados, condados, señoríos laicos y religiosos y ciudades independientes, con una vinculación también diferente, ya que unos eran vasallos del Sacro Imperio Romano Germánico y otros lo eran del Reino de Francia, aunque unidos desde hace poco tiempo, bajo una misma soberanía, la de la casa de Borgoña desde que en 1529, por el Tratado de Cambrai, Carlos V uniese el Condado de Flandes y el de Artois, y desde que en 1549, el mismo, estableciese en Pragmática Sanción, que los territorios de los Países Bajos formarían una entidad territorial indivisible.

Junto al monarca de los países Bajos, tan sólo había un organismo común a las diecisiete provincias, los Estados Generales, formados por un conjunto de representantes de las provincias, que se reunían a requerimiento del Príncipe o de las provincia, para escuchar las peticiones que aquel les hacía, en especial las tocantes a tributos y prestaciones, o para solicitar alguna prestación del príncipe por las provincias. Estas, por su parte, constituían comunidades políticas semi-independientes en las que su máximo órgano representativo eran los Estados Provinciales, que eran los que mandaban sus representantes a los Estados Generales.

Al acceder al trono de los países Bajos Felipe II en 1556, tras la abdicación de su padre el emperador Carlos, la situación seguía, igual que con éste, un tranquilo devenir. Sin embargo, desde que en 1559 Felipe decidiera instalarse en Castilla, para así gobernar sus bastas posesiones, la situación en los Países Bajos empezó a empeorar, primero porqué tuvo que nombrar a un gobernador que actuase en su nombre, en este caso el gobierno recayó en las manos de la tía del rey, Margarita de Parma, que poco después entró en conflicto con los miembros de los consejos asesores que tenía. Los mayores conflictos surgieron entre los miembros naturales del país y el Cardenal Granvela, consejero nombrado por el propio rey, y que defendía los intereses de éste frente a la oligarquía local, encabezada por Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange.

La estructura territorial de los Países Bajos a mediados del siglo XVI era muy compleja, y la social era idéntica a la del resto de Europa, con una nobleza y clero privilegiados, un campesinado alejado de la vida política y una burguesía que reclamaba más poder y que no se conformaba con aportar recursos.

Entre el campo y la ciudad la situación era muy diferente. En el primero seguía vigente el orden de origen y naturaleza feudal y señorial, con unas relaciones personales muy rígidas; mientras que en la ciudad emergía un orden con tendencias económicas y sociales opuestas al señorial, manifestando la necesidad de plasmar su singularidad en una organización propia, que se caracteriza por la autonomía jurídica y política

Los países Bajos, sin perder su parte de campo y por tanto de régimen señorial, destacan por una estructura social muy madura, con una gran homogeneidad de sus componentes sociales, sobre todo de la burguesía, beneficiada por la gran trama de ciudades comerciales y artesanales, que permitió que se dieran las condiciones que llevaron a una acción que se puede calificar de revolucionaria, con un vigor suficiente para quebrar la estructura de poder, apreciándose por primera vez el triunfo del orden urbano frente al señorial.

En el conflicto de los Países Bajos encontramos diversas causas; económicas, con una crisis muy grande que afectaba a la burguesía y a las ciudades; sociales, pues la burguesía quería tener un mayor poder en la política de estas tierras, frente al rey y a la nobleza;

políticas, con tensiones entre un rey ausente y los naturales del país que se sentían en cierta manera desatendidos o abandonados por aquel y que querían tener un mayor poder; y religiosas, con nuevas corrientes y doctrinas declaradas heréticas por Roma, y que poco a poco iban adquiriendo mayor implantación en algunos territorios de los Países Bajos, si bien no habían adquirido la importancia y beligerancia que en otros territorios como Francia y Suiza con los Calvinistas y los territorios alemanes con el luteranismo.

La excusa de la religión, reivindicando una libertad religiosa y de conciencia, no sólo se da en la participación de las potencias internacionales, sino en la propia rebelión de los países Bajos, que desde sus primeros momentos fue utilizada para enmascarar una verdadera rebelión social y política, como señala la propia gobernadora Margarita de Parma, quien en una carta dirigida a su hermano Felipe II dice:

“lo religioso no es más que el antifaz que enmascara otros objetivos como era verse libres del gobierno del rey español”¹.

Sin entrar en cuales fueron las causas que más influyeron en este conflicto, lo cierto es que en agosto de 1566 comenzaron los levantamientos de calvinistas, apoyados o por lo menos consentidos por muchos nobles que se proclamaban católicos, que pensaban aprovechar estas revueltas para conseguir cesiones del rey.

2.- Carácter internacional de la guerra de Flandes

Lo que en este trabajo nos interesa a nosotros es la internacionalización de este conflicto, tanto en lo referente al apoyo de potencias extranjeras a los rebeldes flamencos, como a la participación directa de aquellas en la guerra, que como veremos se dieron a lo largo de este largo conflicto, pues desde los primeros momentos vamos a encontrarnos con la participación de ingleses, alemanes y franceses, como potencias interesadas en el mismo, como a naturales

¹ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M, (1998) *Felipe II y su tiempo*, Madrid. p. 386
47

de estos reinos participando como tropas mercenarias o como parte de ejércitos mandados por reyes y príncipes.

Podemos apreciar una serie de factores que favorecieron la internacionalización de la guerra de los Países Bajos. Religiosos, como puede ser el apoyo de luteranos alemanes, calvinistas franceses y anglicanos ingleses a los rebeldes luteranos y calvinistas, fundamentalmente, con la idea de garantizar la libertad religiosa, al estilo de la alcanzada en el Imperio tras la Paz de Augsburgo de 1555; factores geográficos, puesto que los Países Bajos estaban situados entre tierras francesas y alemanas, con una gran vinculación con ambas regiones, tanto históricas, políticas, lingüísticas como culturales. Pero las causas que más favorecieron la internacionalización de esta guerra fueron las políticas, fundadas en conseguir un desgaste político, económico y militar de la Monarquía católica, potencia predominante en estos momentos, con la que Francia, Inglaterra, el Turco, incluso el Papa, mantenían una posición de cierto temor por su poderío, por lo que cualquier conflicto en que se viese envuelta la Monarquía Católica, supondría un debilitamiento que podía beneficiarles y del que podían obtener beneficios.

En los primeros momentos de la rebelión la alta nobleza de los Países Bajos ya se había repartido el territorio, contando en muchos casos con el apoyo de príncipes y soberanos extranjeros, con lo que pretendían asegurar su parte y beneficiarse de su apoyo contra la inevitable oposición del rey Felipe. Así, Brabante quedaría para el príncipe de Orange; Flandes, incrementado con Hainaut y Artois, para Egmont, bajo la soberanía del rey de Francia; Güeldres para el duque de Clèves; Holanda para el señor de Brederode; Frisia y Overijssel, para el duque de Sajonia.

La razón, o mejor dicho, la excusa, que los franceses, ingleses y alemanes pusieron para intervenir en esta guerra fue la libertad religiosa, o el apoyo a los rebeldes que profesaban el calvinismo o el luteranismo, frente al catolicismo oficial de la Monarquía, que Felipe II defendía en todas sus posesiones. No obstante este supuesto apoyo a los rebeldes flamencos en su libertad religiosa, se verá desde los primeros momentos falso, siendo en la segunda fase de este conflicto, la posterior a la tregua de los doce años y que se corresponde con la "guerra de los treinta años", en la que mejor se plasme esta farsa, pues lo que desean las potencias extranjeras es que el conflicto, surgido en

Centroeuropa y en el que la Monarquía Católica no participaba sino en apoyo del Imperio, se extiende a los países Bajos y se renuevan los enfrentamientos, para lo que harán todo lo posible, ya que dichas potencias pretendían arrebatar estas tierras a la Monarquía católica e incluso hacerse ellos con parte de las mismas.

No por ello podemos despreciar el factor religioso en absoluto, en especial en los primeros momentos, ya que tras las revueltas de 1566 y la respuesta real, llevada a cabo primeramente por la gobernadora Margarita de Parma y posteriormente por el Duque de Alba, mandado por el rey como Capitán General y más tarde gobernador de los Países Bajos, una gran cantidad de rebeldes huyeron a tierras luteranas de Alemania o a tierras francesas dominadas por los calvinistas o a tierras inglesas. Así Guillermo de Orange y su hermano Luis de Nassau abandonaron sus posesiones en los Países Bajos y se instalaron en tierras alemanas, donde no sólo estaban a salvo del rey, sino que recibían apoyo de príncipes protestantes, como el príncipe elector Mauricio de Sajonia, suegro de Guillermo. Una parte de los calvinistas participantes en las revueltas de agosto de 1566, que consiguieron evadir la justicia real se refugió en tierras francesas controladas por el almirante Coligny, cabeza de los hugonotes franceses, y otra parte cruzó el canal de la Mancha y se instaló en ciudades costeras del sur de Inglaterra, donde fueron acogidos por la reina Isabel I.

Tanto el almirante Coligny como la reina Isabel de Inglaterra cedieron los puertos de sus costas para que estos flamencos rebeldes, en una gran mayoría marinos que habían huido con sus barcos, los que con posterioridad fueron denominados “Mendigos del Mar”, realizasen acciones de piratería a las flotas reales que desde Castilla se dirigían a los Países Bajos, y en algunos casos eran apoyados por marinos franceses e ingleses, como sucedió en octubre de 1568, cuando el pirata inglés William Hawkins, hermano del más famoso John Hawkins, atacó la flota real que llevaba las pagas de las tropas del Duque de Alba en Flandes.

La importancia de la guerra de los países Bajos en el ámbito internacional como desgaste de la Monarquía Católica es un hecho irrefutable, por lo que ninguna de las potencias europeas que querían ocupar el puesto predominante de la política europea, que hasta este momento ejercía la monarquía hispana, no podía dejar pasar. Todos

los conflictos en que estaba involucrado Felipe II, principalmente en defensa de la religión, eran considerados por las demás potencias como favorables a sus intereses y así, cuantos más frentes se mantuviesen abiertos, menor sería la posibilidad de triunfar, por muy poderosa que fuese militar, política y económicamente la Monarquía Católica.

Claro ejemplo de esta situación la encontramos en el sur, en el flanco mediterráneo, donde Felipe II mantenía una gran cantidad de recursos humanos y económicos para contener la amenaza turca, y que en opinión de autores como Parker limitaban su acción en Flandes, pues allí mantenía la mayor parte de sus recursos bélicos y a los mejores de sus hombres de campo².

Pero no es sólo una postura de la doctrina moderna, como hemos dichos es una realidad, pues ya en 1566 los rebeldes, y más concretamente el príncipe de Orange, mandaba una embajada al duque de Naxos, favorito del sultán Solimán, para convencerle de que prosiguiese con sus ataques contra los intereses españoles en el Mediterráneo. De igual manera pensaban los ingleses y franceses, quienes sabían que una de las principales formas de debilitar a Felipe II en Flandes era conseguir la implicación de los Turcos, ya fuese continuando con sus campañas contra España en el Mediterráneo, o bien apoyando económicamente a los rebeldes flamencos, lo que les favorecería directamente a ellos, por la distracción de fuerzas del monarca español; así se aprecia en la conversación del embajador del rey de Francia en Constantinopla, en audiencia con los consejeros del sultán, en la que se señala lo beneficioso que sería para él que ayudase a Orange en su lucha contra España, como venía haciendo el rey de Francia con hombres y dinero; remarcando que “*el asunto le afectaba más (al sultán) que a ningún otro*”³.

3.- Participación internacional en la guerra de los Países Bajos

Desde los primeros momentos de la revuelta vemos intervenir elementos extranjeros, no como simples mercenarios, tan común en

² PARKER, G. (1986), *España y los Países Bajos (1559-1659)*, Editorial Rialp, Madrid, pp, 19-20

³ PARKER, G. Op. Cit. pp. 36-38

estos tiempos, sino como ayuda militar de príncipes extranjeros; así, ya en 1568 Guillermo de Orange reclutó un ejército en los principados protestantes de Alemania y entró en las tierras de Frisia, mientras que su hermano Luis de Nassau, contando con el apoyo de los hugonotes franceses, especialmente del almirante Coligny, atacaba tierras de Flandes, Artois y Henao, y tras ser derrotados por el duque de Alba se refugiaron en Alemania y Francia, respectivamente.

En 1572 un grupo de exiliados en el sur de Inglaterra, de los denominados “mendigos del Mar”, atacaron y se hicieron con la ciudad de Brille, en una isla en la desembocadura del Mosa, saqueando y quemando sus iglesias y ejecutando a la población que les hiciese alguna oposición. Bernardino de Mendoza nos dice que estos “mendigos del mar” estaban capitaneados por Guillermo de Lumay, conde de la Marcha quien

“juntó algunos navíos rebeldes que después de la guerra andaban hechos piratas y corsarios en Inglaterra.....tomando la ciudad de Brielle....donde al momento saqueó las iglesias y monasterios, rompiendo todas las imágenes”⁴.

Aprovechando el levantamiento general que se produjo tras este ataque de los mendigos de mar Orange volvió a entrar en escena con nuevas tropas reclutadas en tierras alemanas y su hermano Luis de Nassau, de nuevo con el apoyo en dinero y tropas del almirante Coligny, entraba por el sur, haciéndose con ciudades de Flandes, Hanau y Artois⁵. Sin embargo, la matanza de la noche de San Bartolomé de este mismo año (1572) en la que entre los miles de hugonotes asesinados también lo fue el almirante Coligny, supuso el fin del apoyo de estos calvinistas franceses a los rebeldes flamencos.

⁴ MENDOZA, DE, B. (1591), *Comentarios de don Bernardino de Mendoza, de lo sucedido en la Guerra de los Países Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Madrid. folios 110v-111. Copia digitalizada disponible en: http://books.google.es/books?id=54G5MclHRpUC&q=rebeldes&hl=es&source=gbs_word_cloud_r&cad=4#v=snippet&q=rebeldes&f=false, (consultada el 24 de enero de 2014).

⁵ Bernardino de Mendoza señala que Coligny llevaba un ejército formado por diez mil infantes y dos mil jinetes. MENDOZA, DE, B. Op. Cit. folio 65

La intervención de Inglaterra en estos primeros momentos no se va a limitar a ofrecer sus puertos como refugio y base de operaciones de los rebeldes flamencos para actuar contra los intereses reales, sino que la vamos a ver apoyando directamente a los rebeldes con hombres de leva proporcionados por la reina Isabel I.

Otro hecho que pone de manifiesto el carácter internacional de los primeros momentos de este conflicto es el de que, tras los problemas surgidos por la muerte de Luis de Requesens y el gobierno del duque de Mansfiel, al establecerse la Pacificación de Gante y el posterior Edicto Perpetuo firmado por don Juan de Austria, las partes renunciaban a toda alianza contraria al mismo, esto es con los enemigos del rey Francia, Inglaterra o los príncipes protestantes alemanes, con los que se había aliado con anterioridad.

En 1577 vamos a ver entrar en escena una nueva realidad internacional, el Imperio; aprovechando la debilidad de don Juan de Austria, que había tenido que despedir a las tropas españolas e italianas por los acuerdos firmados, las provincias católicas, que no querían perder la vinculación con el rey, pero que querían acceder a una situación de mayor independencia de éste, acudieron al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo II, ofreciéndole el gobierno de los Países Bajos, si bien, en este caso el Imperio tendrá una actuación menos interesada, y con una cierta finalidad de resolución del conflicto. Pero si esta solución hubiese triunfado, las tierras de Flandes habrían quedado bajo la órbita imperial y no bajo la de la Monarquía Hispánica.

Poco tiempo después, regresaban al mando de Alejandro Farnesio, los tercios viejos españoles a Flandes, para solucionar los problemas, lo que provocó que don Juan retomase la iniciativa bélica, no obstante Guillermo de Orange volvió a recurrir a las potencias extranjeras, y a finales de 1578 hacía su entrada de nuevo con un ejército de doce mil mercenarios de los principados protestantes alemanes, financiado por la reina Isabel I de Inglaterra, mandados por Juan Casimiro, hermano del electo palatino; a la vez entraba por el sur un ejército francés, al mando del duque de Alençon, teóricamente en apoyo de los católicos flamencos contrarios al rey Felipe, ya que algunos nobles católicos contrarios al rey, los duques de Borneville, Horn y Schot, solicitaron su ayuda, intentando incluso nombrarle gobernador de las provincias flamencas. No obstante, al no lograr los

resultados buscados, tanto el de Alençon como Juan Casimiro, abandonaron pronto sus empresas y regresaron a Francia y Alemania, respectivamente.

Aprovechando que Felipe II tenía comprometida gran parte de sus recursos humanos y económicos en la campaña de Portugal, para conseguir la corona de este reino, los enemigos tradicionales del rey volvieron a intervenir en los países Bajos, ahora de forma muy clara. Aunque, como hemos visto, desde hacía tiempo la reina Isabel I de Inglaterra había decidido apoyar a los rebeldes de los Países Bajos, cediéndoles el uso de los puertos de la costa inglesa y con ayuda económica y humana, en estos momentos dio un paso adelante mandando tropas inglesas a atacar ciudades leales al rey, como es el caso de Malinas, que fue atacada y saqueada por las tropas inglesas. Los franceses, al mando del duque de Alençon, volvían a atacar por el sur, y Orange, sabedor de que “la jornada de Portugal” no duraría ya mucho y Felipe II se vería libre para poder mandar ayudas a Flandes, decidió volver a la ofensiva, no sólo militar, sino también política, convocando a los Estados Generales en Amberes y ofreciendo el gobierno de los Países Bajos a Francisco de Valois, duque de Alençon y príncipe de Anjou, hermano del rey de Francia.

En febrero de 1582 Orange recibió ayuda de tropas inglesas que le mandaba la reina Isabel, y en ese mismo mes el duque de Alençon entraba en Amberes como nuevo soberano de los Países Bajos. En noviembre, el rey de Francia mandaba tropas en ayuda de su hermano, por lo que el de Alençon, sintiéndose fuerte, decidió tomar el poder real y hacerse con una serie de ciudades que puso bajo la corona de Francia, lo que no convenció a los rebeldes flamencos que veían como pasaban de estar bajo el poder del rey de España a estarlo bajo el del rey de Francia. Uno de los casos más llamativos es el de Amberes, en donde las tropas francesas actuaron como si de una ciudad enemiga se tratase, por lo que sus habitantes se levantaron contra los franceses causándoles una gran derrota. Tras estos sucesos, el duque de Alençon se convenció de volver a las órdenes del de Orange y desistir de su intento de gobierno independiente.

La muerte del duque de Alençon en junio de 1584, supuso para los rebeldes la pérdida del apoyo directo de Francia, aunque seguían contando con el de los protestantes alemanes y sobre todo con el de la reina Isabel I de Inglaterra.

Las campañas victoriosas de Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos desde la muerte de don Juan de Austria, propiciaron que los rebeldes, con intención de obtener ayuda, ofrecieran la corona de los países Bajos a la reina Isabel I de Inglaterra, quien la rechazó, consciente de ser un hecho contrario a Derecho pues el titular y señor natural de estas tierras era el rey Felipe; no obstante, no se quedó inactiva, pues mandó una ayuda consistente en un ejército de siete mil hombres al mando del conde de Leicester, favorito de la reina, quien llegó a las costas flamencas en enero de 1586, siendo investido como gobernador general y Capitán General de los Estados.

La actuación del duque de Leicester no fue acertada ni en el campo militar, donde sólo cosecho derrotas frente a Alejandro Farnesio, ni en lo político, siendo acusado por los Estados Generales de despilfarrar el dinero público, de perjudicar al comercio de los estados, de ser orgulloso con los nobles y despótico con el pueblo, de violar los privilegios de la tierra y de incumplir los acuerdos entre los Estados y la reina Isabel. Por ello, en la reunión de los Estados, de febrero de 1587, se confiere el poder a Mauricio de Nassau; y en diciembre de este año, tras no cosechar más que derrotas, el duque de Leicester, es llamado a Inglaterra y obligado a dimitir de sus cargos, aunque no fue condenado por los abusos cometidos en dichas tierras.

La actuación de la reina Isabel I de Inglaterra en el conflicto de los Países Bajos la podemos resumir perfectamente en el texto del cardenal Faminiano Estrada:

“luego que nació la rebelión, la recibió ella a su amparo, y aun antes que naciese maduró el parto, concitando al príncipe de Orange y a los pueblos de Flandes a ella con dinero y gente que las provincias de las Indias habían sido maltratadas del Draque, de Condit, y otros ministros de sus designios; embargado el dinero real y detenidas las naves en Inglaterra; tratado Antonio como rey en Portugal y armado contra los españoles; el de Alençon llevado con el falso envite de las bodas a Inglaterra y de allí aprestado para tomar la corona de Brabante; ...que la inglesa, enemiga ya sin embozo, había tomado por su cuenta el

patrocinio de los flamencos, y como en guerra rota al descubierto, enviado con grandes auxilios al de Leicester y armado a los pueblos contumaces con el levantamiento”⁶.

El estallido de las guerras de religión en Francia supusieron que la guerra de los Países Bajos quedase fuera de sus intereses; sin embargo, al finalizar dichas guerras y acceder al trono de Francia Enrique de Borbón, como Enrique IV, Francia declaraba la guerra a España reivindicando la devolución de las plazas francesas en manos de España, desde la guerra, en las cercanías de la frontera franco-flamenca, trasladándose a esta zona la guerra. El duque de Fuentes, con gran experiencia militar supo contener la guerra con Francia, pero este nuevo frente, debilitaba su posición en el norte, por lo que Nassau, siempre atento a los problemas españoles, supo aprovechar la ocasión para atacar desde sus posiciones en el norte.

La guerra contra Francia fue muy favorable a los tercios españoles, dirigidos por el conde de Fuentes, conquistando ciudades como Calais, Adres, la doncella de Francia, y Hulst, y al año siguiente Amiens. Pero en Flandes, donde el archiduque Alberto dedicaba sus energías a asuntos políticos, las cosas no eran nada de buenas ya que Mauricio de Nassau, gran estratega a la hora de aprovechar las circunstancias favorables, seguía con sus campañas conquistando poco a poco ciudades leales.

4.- Tiempo de paces y treguas

Paz con Francia

⁶ ESTRADA, FAMILIANO. (1701). *Segunda década de las guerras de Flandes desde el principio del gobierno de Alejandro Farnesio, tercer duque de Parma y Plasencia*. Traducida por Melchor de Novar, Tercera impresión, Amberes, pp. 578-579

[http://books.google.es/books?id=6ljRUoSA_tEC&pg=PA155&lpg=PA155&dq=segunda+d%C3%A9cada+de+la+guerra+de+flandes&source=bl&ots=HqkKmsk72v&sig=dxoq33lz-](http://books.google.es/books?id=6ljRUoSA_tEC&pg=PA155&lpg=PA155&dq=segunda+d%C3%A9cada+de+la+guerra+de+flandes&source=bl&ots=HqkKmsk72v&sig=dxoq33lz-5dqgixk5ixAx8wlPy0&hl=es&sa=X&ei=jCQDU6uCBamM7AaO1IBQ&ved=0CDQQ6AEwAQ#v=onepage&q=segunda%20d%C3%A9cada%20de%20a%20guerra%20de%20flandes&f=false)

[5dqgixk5ixAx8wlPy0&hl=es&sa=X&ei=jCQDU6uCBamM7AaO1IBQ&ved=0CDQQ6AEwAQ#v=onepage&q=segunda%20d%C3%A9cada%20de%20a%20guerra%20de%20flandes&f=false](http://books.google.es/books?id=6ljRUoSA_tEC&pg=PA155&lpg=PA155&dq=segunda+d%C3%A9cada+de+la+guerra+de+flandes&source=bl&ots=HqkKmsk72v&sig=dxoq33lz-5dqgixk5ixAx8wlPy0&hl=es&sa=X&ei=jCQDU6uCBamM7AaO1IBQ&ved=0CDQQ6AEwAQ#v=onepage&q=segunda%20d%C3%A9cada%20de%20a%20guerra%20de%20flandes&f=false)

Tras tres años de guerra, en febrero de 1598 se reunían en Vervins los comisionados de los reyes de España y de Francia para tratar sobre las paces entre ambos reinos. Junto a los embajadores de España y Francia y del Papado, que actuaba de intermediario, acudían embajadores de Inglaterra y de los rebeldes flamencos que trataban de estorbar la conclusión de un tratado, que provocaría el retorno de las tropas españolas a Flandes y su disposición para hacer frente a los rebeldes. Por fin el 2 de mayo de 1598 se firmaba el “tratado de paz de Vervins” entre Francia y España, poniendo fin a tres años de guerra. Básicamente el tratado ponía en vigor el firmado treinta y nueve años antes, 1559, entre Felipe II y Enrique II, en el que se reconocía la soberanía española sobre las diecisiete provincias y los condados de Borgoña y Charluis, pasando a ser ahora dote de la infanta Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II e Isabel de Balois; en este tratado España se comprometía a devolver las plazas ganadas durante la última guerra en el reino de Francia.

Paz con Inglaterra

La muerte de la reina Isabel I de Inglaterra, el 24 de marzo de 1603, supuso la llegada al trono de Jacobo I, hijo de Maria Estuardo, reina de Escocia. Este hecho fue importantísimo para la situación en Flandes, ya que desde su llegada al trono, intentó firmar las paces con España, debido a los graves problemas internos que tenía tanto en Inglaterra como en Irlanda, donde los católicos, apoyados en este caso por España, amenazaban con librarse del yugo inglés.

Desde la llegada al trono de Inglaterra de Jacobo I, se habían producido conversaciones de paz con España, por ello el archiduque Alberto insistió al rey para acelerar la firma de una paz con Inglaterra, que aliviaría la situación en los Países Bajos pues en ellos seguía habiendo un importante contingente de soldados ingleses, que además tenían en su poder media docena de plazas flamencas. Felipe III, o mejor dicho, el duque de Lerma apresuró dicha firma, que finalmente se realizó en Londres el 28 de agosto de 1604. En este tratado quedaban implicados tanto el rey de España como el archiduque Alberto como soberano de los Países Bajos

Entre las condiciones del tratado se recogía la devolución de las plazas que cada uno tuviese del otro, Inglaterra tenía seis plazas en Flandes, pero este vergonzoso tratado obligaba al rey inglés a

devolver dichas ciudades sólo en el caso de que no fuesen reclamadas por los rebeldes; en el punto trece del tratado se suprimía unilateralmente el gravamen de un treinta por ciento que gravaba las importaciones provenientes de las islas británicas, lo que afectaba fundamentalmente a la industria de paños flamenca; y se encargaba al rey de Inglaterra la función de intermediación en futuras paces entre los rebeldes y el archiduque.

Tregua en los Países Bajos

Ya desde 1600, Felipe III y el duque de Lerma querían una tregua en los Países Bajos. El 24 de abril de 1607 se produjo un primer cese de hostilidades, por un periodo de ocho meses, comenzando un periodo de conversaciones entre los representantes del rey Felipe III, Richardot y Ambrosio de Espínola, con los rebeldes. Tras la muerte de Richardot fue nombrado Mancisidor para ocupar su puesto. Las dos partes aceptaron la presencia de mediadores franceses, ingleses y venecianos para evitar el estancamiento de las negociaciones o su naufragio. Al final, el 9 de abril de 1609, se firmó en Amberes un acuerdo de tregua por doce años.

5.- Reanudación de los enfrentamientos. La guerra de los treinta años.

Los graves hechos acontecidos en Bohemia en 1618, fueron la chispa que provocó el estallido de una guerra de religión en Centroeuropa, concretamente en tierras del Imperio, en donde los luteranos y calvinistas se enfrentaban a las tropas del emperador, con el apoyo de los príncipes protestantes alemanes y algunas potencias europeas. España mandó tropas en apoyo de los católicos imperiales, tanto por razones de religión pero sobre todo por razones familiares. Muy pronto entraron en escena las potencias europeas, que, alegando una defensa de la libertad religiosa de los príncipes alemanes, veían la posibilidad de debilitar a éste, siendo el caso más claro el de la católica Francia que apoyaba a los protestantes por razones de estrategia política; también entrarán en escena Inglaterra y Suecia, especialmente esta última, que veía la posibilidad de expandirse por las tierras del norte de Centroeuropa.

Al finalizar la tregua de los doce años, en 1621, la situación en Europa era muy complicada, con una guerra que afectaba a las tierras del Imperio, en la que estaban involucradas todas las potencias europeas en mayor o menor medida. Los Países Bajos habían disfrutado de un periodo de paz que había posibilitado la recuperación de la vida y de las actividades económicas fundamentales de estas tierras, la industria y el comercio, favorecidas por las cláusulas del tratado de 1609; por ello, al cumplirse el plazo de la tregua, la población, en especial la burguesía de las ciudades rebeldes, deseaban prorrogar dichas treguas, sin embargo, la intención de los políticos rebeldes de aprovecharse de la debilidad del imperio español y la intervención de las potencias europeas, en especial Francia e Inglaterra, que veían en la reanudación de este conflicto un momento inmejorable para debilitar a España y beneficiarse de ello, hicieron imposible dicha prórroga, y así en 1621 se reanudaban las hostilidades entre España y los rebeldes flamencos, pero ahora en el marco de una guerra general en toda Europa, con frentes abiertos con Inglaterra y Francia, por lo tanto un conflicto bélico que de tener un carácter interno se convertía en un conflicto plenamente internacional.

La que podríamos denominar segunda parte de la guerra de los Países Bajos o “guerra de los ochenta años”, que va desde la finalización de la tregua de los doce años, 1621, hasta la firma de los tratados de Osnabrück y Münster que forman la base de la denominada “Paz de Westfalia”, 1648, es en la que alcanzó su punto álgido la internacionalización del conflicto de los Países Bajos, por la intervención directa de potencias como Francia e Inglaterra en apoyo de los rebeldes flamencos, extendiendo los enfrentamientos incluso a aguas del Atlántico y a las tierras americanas, así como a la península, alentando y apoyando los levantamientos de Portugal y Cataluña.

Donde más se aprecia la dimensión internacional que adquirió esta guerra de los Países Bajos será con la firma de los mencionados tratados de Osnabrück y Münster, en los que las potencias vencedoras impondrán sus condiciones a los derrotados, en el caso que a nosotros nos interesa, el segundo, por el que se impondrá a España, entre otras cosas, la independencia de las Provincias Unidas de los Países Bajos y su reconocimiento como estado soberano.

El Tratado de paz de Westfalia es el mayor exponente de la dimensión internacional que adquiere esta guerra, en especial, como

hemos dicho, en su segunda parte, siendo considerado por la doctrina como el paradigma de tratado internacional, ya desde su firma, en el que los intereses de estado se anteponen ante los intereses de familia o de dinastía, que a partir de este momento pasan a tener un papel muy secundario, al contrario de cómo había sucedido desde tiempos medievales; ya no se firma representando a un rey u otro, sino a un estado, y los compromisos adquiridos vinculan a éste, no a un rey o a una familia⁷.

6.- Conclusión

Podemos concluir este breve trabajo sobre la dimensión internacional de la guerra de Flandes, haciendo un resumen o esquema de la participación de las potencias europeas en ella.

Alemania

Los principados protestantes de Alemania participaron en la primera fase de esta guerra aportando hombres, dejando a Guillermo de Orange que reclutase tropas en sus tierras, y la más destacada participación de Juan Casimiro, hermano del príncipe elector del Palatinado, al mando de un ejército de protestantes alemanes. Tras la reanudación de la guerra al finalizar la tregua de los doce años, dentro de un conflicto general europeo, los príncipes alemanes participaron directamente en Flandes, como un frente más de la “guerra de los treinta años”. E incluso en la firma del tratado que puso fin a la guerra, participando como potencias vencedoras, y como dato significativo podemos hacer mención del hecho de que el tratado que ponía fin a la guerra de los Países Bajos se firmó en la ciudad alemana de Münster.

Inglaterra

La Inglaterra de Isabel I, como señala el cardenal Faminiano, desde los primeros momentos de la rebelión estuvo no sólo dispuesta a

⁷ MARTÍNEZ MILLÁN, J y CARLOS MORALES DE, C. J. (2011), *Religión, política y tolerancia en la Europa Moderna*. Editorial Polifemo, Madrid, p. 385

apoyar a los rebeldes, sino que incluso les alentó, pues sabía perfectamente que cualquier perjuicio de España beneficiaba a Inglaterra, tanto en el campo político como en el militar y en el económico. Por ello, acogió a los exiliados calvinistas flamencos y cedió sus puertos, no sin beneficiarse de cobrarles unos tributos, a los denominados "mendigos del mar" para que, desde ellos, pudieran realizar ataques a tierras flamencas, como nos cuenta Bernardino de Mendoza al relatarnos el ataque a la ciudad de Brielle en 1572. Igualmente permitió, y posiblemente alentó, la realización de acciones de piratería por parte de marinos ingleses sobre barcos bajo bandera del rey Felipe II, como es el caso del marino inglés William Hawkins.

También participó la reina Isabel I en esta guerra dando ayuda económica a Orange, realizando levas de hombres para integrar las tropas de los rebeldes y mediante ayuda armada; pero con el paso del tiempo su participación fue cada vez mayor, llegando a mandar un ejército al mando del conde de Laicester, favorito de la reina inglesa, dedicándose no sólo a apoyar a los rebeldes sino tomando ciudades que mantuvieron bajo su poder, hasta la firma del tratado de Londres, en el que se hace mención a la devolución de seis ciudades que permanecían en su poder.

Tras la muerte de la reina Isabel y la llegada al trono de Jacobo I, no desaparece la intervención inglesa, pues en el propio tratado de Londres de 1604, que pone fin al conflicto entre Inglaterra y España, se recogen cláusulas referentes a las tierras de Flandes, como la devolución de las seis ciudades flamencas que permanecían en manos inglesas, así como otras referentes al comercio inglés en los puertos flamencos de los Países Bajos. De igual manera, en la firma del tratado de Amberes de 1609, en el que se firmó la tregua de los doce años, participaron los representantes del rey de Inglaterra que actuaron de mediadores entre el rey y los rebeldes.

Tras la finalización de la tregua de los doce años, la participación inglesa se materializa en su entrada en el conflicto de los Países Bajos, participando sus ejércitos en los campos de batalla flamencos, con el único objeto de debilitar a España, pues la lucha en estas tierras desviaba recursos humanos, materiales y económicos de otros frentes, como las indias, en donde Inglaterra había puesto su mirada y por lo tanto entraba en conflicto con España. Y en el tratado de Münster, que puso fin a este conflicto, también participó Inglaterra

como potencia vencedora imponiendo a España unas cláusulas que la perjudicaban y de las que se beneficiaba Inglaterra.

Francia

El caso de Francia es peculiar, pues se ve un cambio importante a lo largo de este extenso conflicto.

En los primeros momentos de la guerra de los Países Bajos, la participación francesa la podemos enmarcar en el ámbito de las guerras de religión, pues serán los calvinistas franceses, capitaneados por el almirante Coligny, los que prestarán su apoyo a los rebeldes flamencos, acogiendo a los exiliados que tras la actuación de las tropas reales, tanto por la gobernadora Margarita de Parma como por el duque de Alba, abandonaban las tierras de Flandes para salvarse de la justicia real; pero poco después pasarán a una actuación activa entrando en tierras flamencas los ejércitos calvinistas mandados por Coligny en apoyo de Luis de Nassau.

Tras el asesinato de los hugonotes franceses la noche de san Bartolomé, la participación francesa en este conflicto cesará, pues el rey de Francia viendo los problemas que en su reino tenía con los calvinistas no podía apoyar a los protestantes de los países Bajos, sin embargo poco después vamos a ver al duque de Alençon, hermano del rey de Francia, entrar en tierras flamencas con un ejército francés en apoyo de los rebeldes flamencos, llegando a ser propuesto por algunos nobles flamencos como soberano de estas tierras, y no será hasta su muerte cuando vuelva a cesar la ayuda francesa a los flamencos contrarios al rey Felipe; los posteriores conflictos religiosos de Francia harán que su participación en la guerra de Flandes quede interrumpida, e incluso los católicos franceses pedirán ayuda a España, que se la prestará con los hombres de los tercios acantonados en tierras flamencas. Sin embargo, tras la finalización de las guerras de religión francesas, y la llegada al trono de Enrique de Borbón, éste reivindicará, como pertenecientes a la corona de Francia, algunas tierras de Flandes, declarando la guerra a España y volviendo a participar en el conflicto de los Países Bajos. El tratado de Vernins, entre España y Francia, que ponía fin a este conflicto, imponía al rey Felipe la cesión de la corona de los Países Bajos a su hija, la infanta Isabel Clara Eugenia y su matrimonio con el archiduque Alberto, que se convertirían en soberanos de los Países Bajos.

Tras la tregua de los doce años, al igual que en los casos anteriores, Francia estará muy interesada en la reanudación del conflicto flamenco, participando en el de forma directa, declarando la guerra a España por la ya larga reivindicación de las tierras del sur de Flandes y del Franco condado. También destaca la participación francesa en el tratado de paz de Münster, donde tan perjudicada saldrá la Monarquía Hispana.

El caso de Francia, como se ha dicho, es uno de los más claros exponentes de que la participación internacional en el conflicto de los Países Bajos tuvo un carácter puramente interesado, pues la catolicidad de la monarquía francesa debería ser contraria al apoyo a los rebeldes flamencos, sin embargo vemos como en varias ocasiones el rey de Francia apoyará a estos rebeldes de forma directa y otras declarando la guerra a España, viéndose obligada a enfrentarse a nuevos enemigos; plasmándose el triunfo de los intereses de estado frente a los religiosos, que se verá rematado en el tratado de paz de los Pirineos, firmada entre Francia y España en 1649, en el que se recoge que la Monarquía Hispana cederá a Francia algunas de las tierras occidentales y del sur de Flandes.

El Imperio

Por último, aunque en menor medida, vemos como el imperio también participará en este conflicto, pues los rebeldes flamencos llamarán al archiduque Matías, hermano del emperador Rodolfo, para entregarle el gobierno de estas tierras y, convirtiéndole en una marioneta de los rebeldes flamencos, separarse del dominio del rey Felipe II. Al final de los días del rey Felipe, volvemos a ver a dos hermanos del emperador, los archiduques Ernesto y Alberto como gobernadores de los Países Bajos, y al segundo como monarca de estas tierras por su matrimonio con la infanta Isabel Clara Eugenia, aunque en este caso no por ser llamados por los rebeldes, sino nombrados por el propio rey.

Sin embargo, como aliada de España en la Guerra de los Treinta años, su participación en los tratados de la paz de Westafalia se produjo como potencia perdedora, por lo que también se vio perjudicada, al igual que España, por las cláusulas impuestas por los vencedores.

La participación de potencias extranjeras en la guerra de los Países Bajos que le dio un carácter internacional, se debió tan sólo al interés de dichas potencias en debilitar a la Monarquía Hispánica y así poder obtener algún beneficio territorial, económico y sobre todo político, como quedó demostrado en los tratados que pusieron fin a este largo conflicto, pues se perdieron las tierras que integraron las Provincias Unidas que se convirtieron en estados soberanos, tierras y plazas flamencas a favor de Francia, posesiones en América, a favor de Inglaterra, Francia e incluso Holanda; económicamente se cedía al comercio de las potencias vencedoras con las Indias Occidentales, y se favorecía el comercio de los productos manufacturados holandeses e ingleses, principalmente; y lo más destacado, tras más de un siglo de ser la potencia predominante en Europa, la monarquía hispánica verá como su papel internacional disminuirá a favor de nuevas potencias, en especial Francia, que se convertirá en el árbitro de la política europea.

